este punto sino escándalos y flaquezas en uno y otro sexo eclesiástico. *Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est.*

En fin se contrató en el concordato que los Obispos pudiesen llevar públicamente las medias moradas, los cuellos y las toquillas á ejemplo de los Obispos italianos, aunque estos llevan la toquilla verde, y morada solo los Prelados domésticos y Protonotarios Apostólicos. En Francia el vestido de los Obispos era una túnica morada, de gran cauda, abotonada por delante de alto abajo, y ceñida con una banda ancha del mismo color, que se ataba al lado izquierdo, colgando de las puntas unas borlas de oro; un roquete con cuello como sobrepelliz, y un manteo morado colgado sobre la espalda; el sombrero negro de tres picos con una toquilla ancha de oro, y ya se supone, el pastoral pendiente de una cinta de seda.

Al resto del clero se le concedió ir de corto con todo el centro negro, como los italianos. Su vestido anterior era la túnica negra, con gran cauda, abotonada de arriba abajo como la de los Obispos, y con mangas como de casaca, y un cuello que no es como el nuestro. El suyo lo forma la túnica, y por delante una tirita blanca de cambray ó seda, con dos puntas colgando, ancha cada una de dos dedos, fileteadas de negro si son blancas, ó de blanco si son negras. Banda negra que atada al lado, caen sus puntas hasta abajo sin borlas, y colgado á la espalda un manteo ligero. Sombrero de tres picos mas abiertos que los de los seglares: y Obispos y sacerdotes ya se supune, muy empolvados y rizado el pelo con chorizos por detras, que distingue su peinado del de los seglares. Esto era de una etiqueta indispensable, y ningun clérigo se atrevería á presentarse sin eso á su Obispo. El pueblo está tan acostumbrado, que habiendo ido á París, cuando nuestra escuadra estaba en Brest, un religioso capellan, el pueblo no queria oir su misa, diciendo que estaba impropio, porque no estaba empolvado. En mi tiempo cada cual andaba como podia, y aún se excusaba lo posible el parecer sacerdote, por evitar las blasfemias y las befas. Pertenece, decian los del gran mundo, á la *petraille*, voz inventada para decir que era canalla sacerdotezca, como quien entre nosotros diria *sacerdotalla*.

Pasando de lo eclesiástico á contar algunas cosas seculares, se trató entónces, ya se supone por insinuacion de algunos amigos convenidos, de dar á Bonaparte en recompensa de la paz de Amiens el consulado por diez años. Pero él que por una instruccion violenta habia destruido el directorio y los dos Consejos de los quinientos y los ancianos, á los cuales sustituyó el consulado, el Cuerpo legislativo y el Senado, se hizo nombrar Cónsul á vida, pensando ya sin duda en el imperio. Entónces ví qne todo es fraude en el mundo político. Se abrieron registros para que el pueblo concurriese á dar su voto. Ocurren á firmar los interesados; y los que no concurren, porque no quieren consentir, pero tampoco quieren declararse por enemigos, se dan por favorables, conforme á la regla *qui tacet, consentire videtur*, ó quien calla otorga. Y luego se publica que hubo en su favor tantos millones. ¿Y quien podrá ó se atreverá á desmentir públicamente la especie? ¡Pobre pueblo! Y ciertamente nunca ví uno mas ligero, mudable y fútil que el de Francia. Basta para arrastrarlo, hablarle poéticamente, y mezclar por una parte algunas agudezas que son su ídolo, y contra la contrária el ridículo, que es la arma que mas temen. Allá los hombres son como mugeres, y las mugeres como niños. Solo en la religion tienen estas constancia. Nuestras parroquias verdaderamente se componian de ellas, y cuando habia doscientas en la Iglesia, se contaba una docena de hombres, aunque ellas acababan siempre por atraerlos á todos, ya por su gracia, ya por la educacion de los niños.

Tambien estaba yo allí cuando se discutió y formó el Código de Napoleon, precediendo á cada ley dos ó tres magníficos discursos. Formaba el proyecto de ley el Consejo de Estado, y un orador de él lo presentaba y apoyaba ante el tribunado. El Cuerpo legislativo no discutia; por votos secretos aprobaba ó reprobaba la ley, y en este último caso volvia al Consejo de Estado. Pero aún en esto hubo trampa al cabo, con ocasion de la ley de divorsio, por mútuo consentimiento no pudiéndose sufrir. No pudo pasar en el tribunado. Pasó despues con mil condiciones, y en atencion á que no todos profesaban en Francia la religion católica. Pero todavía no pudo pasar en el Cuerpo legislativo. Entónces Bonaparte dijo que de esa manera nunca se acabaria el Código, que para acelerarlo, hubiese una comision de cada cuerpo, que confiriese con una de estado, para que pudiesen convenirse mejor; y así pasó la ley del divorsio. Salieron contra él varias obras muy curiosas, especialmente de Mr. Bonald. Y es de advertir que ántes de formar el proyecto de ley, se comunicaba á todos los Cuerpos letrados de la Francia, que remitian sus dictámenes y observaciones. Es un Código excelente.

No hablo de otros cuerpos, porque el rey lo ha mudado todo, dando á la Francia casi la misma Constitucion de Inglaterra, con sus dos Cámaras de Pares y Comunes que son los diputados del pueblo. Parece que tambien iba á restituir las Academias. En tiempo de la república se habian refundido en un instituto nacional dividido en varias clases, de ciencias físicas y metafisicas, de historia &c. Optaban á sus plazas por mucho honor los mayores sábios de la nacion, y como corresponsales los de todo el mundo. Yo he sido el único americano que tuve el honor de ocu-

par en él un lugar como corresponsal, en la tercera clase, que era la de la historia.

En órden á modas, las mas veces ridículas, noté una cosa en mi tiempo que me pareció racionalísima, y era que no habia entónces moda determinada en París, y cada muger se vestia diferentemente, conforme convenia á su figura El peluquero, como nadie usaba polvos, era un hombre de gusto, que despues de observar atentamente el gesto de la persona, su fisonomía, color y ojos, iba ordenando los adornos propios para hacer sobresalir la hermosura; cabellos largos ó cortos, rubios ó negros, turbante ó flores, tal color de vestido, de arracadas, de gargantilla &c. Así en el baile que dió el Ministro del interior al Príncipe de Parma, que pasó á tomar posesion del reyno de Etruria, habia quinientas, y nadie emparejaba con otra. Así entónces tambien me parecieron las mugeres hermosas en París, cuando en 1814 que volví á él, me pareció demonios con la chincasa ó vestido y peinado á lo chinezco. A proporcion de las mugeres variaban los hombres, especialmente el corte de pelo, y conocí claramente por qué á veces una misma muger que hoy nos parece bella, mañana no tanto ó fea. No conviene el trage á su fisonomía.

Tambien noté entónces cuan ridículos son los monos. Los españoles son el mono perpétuo en sus vestidos y costumbres, de los otros europeos principalmente los franceses, cuyas modas adoptan sin distinguir tiempos ni ocasiones, y por eso son más ridículos. Ví en llegando el invierno á las mugeres del pueblo con palillos. De allá nos vino la moda que duró por toda la nacion española tan largos años; pero ni allá los llevaban las señoras, ni nadie sino en tiempo de invierno, en que todas las calles de París son un lodásal, y de allí le vino en latin el nombre de *Lutetia*; los españoles agarran la moda y la usan en todo tiempo. De Francia vinieron las botas y medias botas, pero solo se usan allá en tiempo de invierno por el lodo dicho; y ni en ese tiempo se atreveria nadie á presentarse con ellas en una casa decente, ni se le admitiria, y en Inglaterra ni en un teatro real. Mi español se las encasquetó para el verano tambien, y se presenta con ellas en todas partes. En tiempo del sansculotismo y pobreteria se inventaron las levitas, que los italianos llaman cubre-miseria, pero en Francia es un *deshabillé*, esto es, un vestido, sin ceremonia, de casa: nadie se presentará con él en tertulia. El español lo ha hecho un vestido solemne y general.

Es cosa muy notable en París porque es el lugar de la concurrencia general, lo que se llama *Palais-royal* formado en el antiguo jardin del palacio del Duque de Orleans. Es un cuadro de galerías, con habitaciones

encima, de soberbia fachada, y en medio árboles, formando un paseo y jardincitos de flores, es tan grande, que para darle vuelta se necesita cerca de un cuarto de hora, y tiene dos atravezaños con tiendas de moda á uno y otro lado. En sus columnas se ponen todos los avisos de obras, novedades &c., y en sus tiendas que están bajo las galerías, se vende lo más pulido en todo género aún de libros. No hay persona en París que no se vea alguna vez por allí, y están paseando tambien como por sus casas las más hermosas y galantes cortesanas, que por eso pagan una contribucion especial al gobierno. Sin salir jamás del circuito de *Palais-royal*, se puede tener todo lo necesario á la vida, al lujo y á la diversion. Habia allí once cocinas, catorce cafees, dos teatros grandes y tres pequeños &c., y hasta secretas con su *bureau* ó mesa de cambio de monedas, y gente de peluca que ministraban servilletas para limpiarse, y agua de lavande ó alucema para salir con el trasero oloroso.

En los cafees hay todos los diarios de París, que son muchos fuera de la gaceta oficial que se llama Monitor. Y los diarios extrangeros tambien. Todo lo lee uno de valde, y todo cafee es un refugio contra el frio para la gente pobre decente, porque allí no se siente con las estufas. Despues de la guerra de España más se toma chocolate que cafee, excepto despues de comer. Y hasta de las malas mugeres venden por allí á hurtadillas almanaques, ya en prosa, ya en verso, con sus nombres, habitaciones, dotes y propiedades.

Habia en el cafee Borel un *ventriloquo*, ú hombre que hablaba del vientre, cosa que si ya no fuese un arte, se creería una hechicería. El apénas abre la boca y pone la voz donde quiere, léjos, cerca, en las vigas, en la pared, como se le antoja; y juraria uno con todos sus sentidos y todas las veras de su alma, que allí está hablando alguno donde él pone la voz. La varía en mil tonos, y es cosa para volver á uno loco. Así el que llevaba uno al cafee Borel, avisaba en secreto al ventriloquo del nombre y patria del nuevo, y cuando él iba á tomar su cafee, el ventriloquo entraba preguntando quien era fulano, y al momento ponia la voz en una ventana alta, y lo llamaba por su nombre para recibir una carta que le traia de tal parte, su patria. El llamado tomaba al instante la escalera, andaba todos los corredores, y nada encontraba. Pero apénas volvia á su asiento, cuando le volvian á llamar por su nombre, diciéndole: "venga vd. que aquí estoy." El otro volvia, y era una diversion para todo el cafee.

Habia otros cafees de dos salas, y en una se daba música con cántico de mugeres, miéntras en la otra se representaba alguna piecesita ó entremes, y estaban alternando hasta las once de la noche. Habia tambien el

espectáculo de la fantasmagoría, ó el arte de los sacerdotes gentiles para hacer aparecer y obrar los dioses y las sombras ó manes de los muertos que venian hasta echársele á uno encima. Estaba tambien recien descubierto el galvanismo, ó electricidad animal, cuyos nérvios en tocándolos á un tiempo con dos metales, hacen saltar á un animal muerto, y mover con rapidez sus miembros. Un hombre muerto abre los ojos, y lo he visto mover los brazos y estar con ellos sacándose las tripas, porque el cuerpo estaba abierto. Nada diré del lujo da los teatros, que eran treinta. El teatro mayor, ó de las artes, se pagaba muy caro, estaba siempre lleno; y con todo era necesario que la república ayudase cada año con un millon de pesos. Solo para el baile habia mil jovencitas, y para las perspectivas y trages de la sala ópera de los misterios de Isis se gastaron setecientos mil francos, que equivalen á otras tantas columnarias. Así llaman en España lo que nosotros dos reales, porque la peseta española vale un real de españa ménos que la nuestra. En España un peso, que llaman duro, tiene veinte reales, y cada peseta suya tiene cuatro de estos reales. De suerte que un real de España no llega á un medio nuestro, pues éste vale diez cuartos y medio, y su real de vellon ocho cuartos y medio.

Se extrañará que dejé á París sin decir nada de la ciudad en general, de su poblacion, ni de la Francia. Esto pertenece á la estadística ó la geografía, y hay libros donde estudiarla. Por otra parte varía infinito, y las guerras de Napoleon han arruinado la poblacion de la Europa. En España se contaban diez millones, será mucho que hoy haya ocho. En Madrid se regulaban ciento cuarenta mil almas de vecinos; dudo que hoy pase de sesenta mil. En Francia contaban en tiempo de la república más de treinta millones, no creo que hoy tenga ni los veinticuatro que tenia en tiempo de Luis XVI, porque anualmente la conscripcion militar llevaba al matadero toda la juventud de la Francia. A París se regulaban setecientas mil almas de vecinos en 1801; me pareció cuando volví á él en 1814, que apénas tendria cuatrocientas mil con los forasteros. En Italia se contaban diez y ocho millones; no creo que tengan doce. En Roma se contaban ciento sesenta y seis mil almas, contando veinte y seis mil judíos. Con la primera invasion de los franceses desaparecieron, cuando yo todavía estaba allí, treinta mil almas. Ahora será mucho que tenga setenta ú ochenta mil. A Nápoles cuando la república se le daban quinientas mil, y á todo el reyno cinco millones. Tendrá hoy cuatro cuando más, y la ciudad no pasará de doscientas mil almas. Portugal con las islas contaba tres millones, y trescientas mil almas su capital, Lisboa, en 1807 que yo estaba allí. Con la guerra y la emigracion consiguiente á la del rey, ni el

reyno pasará de dos millones, ni la capital de ciento cincuenta mil.

Del plano de las ciudades nada hay en Europa que se pueda comparar á las ciudades de nuestra América ni de los Estados-Unidos. Todas aquellas parece que fueron fundadas por un pueblo enemigo de las líneas rectas. Todas son calles y callejuelas tuertas, enredijos sin órden y sin apariencia. Todas las casas son hechas con piedras, ladrillos y maderas; y arden las paredes como los techos. Estos son de tejas y no planos como los nuestros. En España solo se ha introducido alguna regularidad y hermosura en los puertos que comercian en América, por su ejemplo; como Cádiz, Puerto de Santa María, Bilbao, Barceloneta. Sus templos son góticos, excepto en Roma. En fin en cada reyno venden libritos de los caminos, sus distancias, lugares, y cosas dignas de ver en cada uno. En las grandes ciudades venden el plano de ellas en forma de librito, para dirigirse el forastero, con la noticia de cuanto contienen. Solo en España no hay nada de todo esto. Y seria inútil, porque solo el cura y el sacristan saben leer en los pueblos. Camina uno como bárbaro por país de bárbaros, temblando de los salteadores, que salen á robar los viageros; y solo siguen al coche tropas de mendigos y muchachos, pidiendo á gritos limosna.

De lo que no está tan desprovista, á lo ménos la capital de España, es de librerías, pues hay la biblioteca real y la de San Isidro, á donde va uno á estudiar. En París hay la biblioteca real, ó la del Cardenal Richelieu, cuyos libros se cuentan á millones, y le dan á uno á leer todos los que pide, las dos horas que está abierta por la mañana. Es muy buena la del instituto; y hay otras como la del Colegio Mazarin &c. Hay tambien Gabinetes de lectura, muy compuestitos y abrigados contra el frio, donde por una friolera no solo lee uno todos los periódicos, sino cuanto sale nuevo. Pide tambien libros portátiles, esto es, de poco volúmen. Y si uno es asistente de costumbre, con cuatro sueldos al dia asisten allí por la mañana, por la tarde y por la noche, en su mesita, con su fuego y su tintero. Hay tambien librerías portátiles en que uno se asienta y por una friolera al mes se va llevando á su casa cuantos libros ha menester. Nada de esto tampoco hay en España. Pero basta de París.